



NUM. 18.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 1.º DE MAYO DE 1864.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VIII.

REVISTA DE LA SEMANA.



El tiempo ha andado revuelto esta semana; y aunque el ambiente es tibio y cual conviene á una primavera bien educada, la lluvia suele venir á aguar casi todos los días los mejores proyectos. Mucho tememos que la función de mañana Dos de Mayo salga también aguada y no tenga el lucimiento que de otra manera habrá de tener.

El Dos de Mayo será siempre un recuerdo glorioso para los amantes de la independencia y liber-

dad de su patria. El pueblo de Madrid se insurreccionó en 1808 contra la legalidad francesa existente, y quiso arrojarla por la ventana como una legalidad inaceptable, dando la señal de una guerra que mostró á Europa cómo podía ser vencido el conquistador que hasta entonces había pasado por invencible. El día 3 de mayo el orden estaba completamente restablecido; la gente oficial felicitaba al gran duque de Berg por la energía con que había salvado la sociedad; y los culpados sufrían en el Prado la última pena, allá donde se levanta á su memoria entre cipreses el que Hartzzenbusch llamó

El tardío monumento,
Viejo ya por el cimientó
Por la cima juvenil.

Pero la chispa de la insurrección había prendido, y en breve el general incendio vino á quemar las alas del águila napoleónica, y á alumbrar la regeneración política y social de nuestra patria. ¡Gloria á los que por ella se sacrificaron!

Hacia el 4 dicen que llegarán á Madrid las cenizas de Muñoz Torrero. Una comisión compuesta de tres individuos de la tertulia progresista y un pariente de aquel varón esclarecido ha pasado á Portugal, donde han sido grandemente obsequiados, y hechas las diligencias necesarias para la exhumación, vendrán los restos á Madrid para depositarse en el cementerio de San Nicolás, al lado de los de Calatrava y Argüelles. Tres fueron en las cortes de Cádiz de 1810 los encargados de presentar proyectos de Constitución: Muñoz Torrero, Argüelles y otro diputado, que habiendo defendido con extraordinario calor la soberanía nacional, firmó después en 1814 la famosa esposición conocida con el nombre de los Persas.

Garibaldi, como dijimos en la revista anterior, ha salido ya de Inglaterra; pero el pueblo inglés no ha quedado satisfecho de tal partida, y la atribuye á intrigas extranjeras y á condescendencias indignas de su gobierno. Sobre este punto ha habido discusiones en las dos Cámaras del parlamento, y el ministerio ha dado esplicaciones que han parecido, como siempre, muy satisfactorias á los periódicos ministeriales é insuficientes á los de la oposición. Estas esplicaciones son las mismas que nosotros dimos en la revista pasada (¡y luego se dirá que no bebemos en buenas fuentes!) anticipándonos á manifestar lo que después han manifestado lord John Russell y Mr. Gladstone. Garibaldi, según el gobierno inglés y según nosotros dijimos hace una semana, se ausenta de Inglaterra porque está delicado y no puede con tanto obsequio. A fuerza de comer el *roast beef of old England*, la vaca asada de la vieja Inglaterra, se ha espuesto á una indigestión; á fuerza de estar todo el día en pie recibiendo visitas y apretando manos, ha comenzado á tener vértigos; y los facultativos y sus amigos más íntimos le han aconsejado que vuelva á su tranquila morada de Caprera y tome el agua de Seltz y las píldoras de Holloway.

¡Y sin embargo, el pueblo inglés no se contenta con estas esplicaciones que nosotros primero y después su gobierno les hemos dado! ¡Qué duro de cabeza debe de ser el pueblo inglés! Erre que erre en que Napoleón ha metido su cucharón en esto y en que al gobierno italiano

le causaba cierta inquietud la estancia en Londres del hombre á quien se debe la unidad actual poca ó mucha que posee Italia. Ello es que en Londres hubo á principios de la semana última algún pequeño desorden, y que la policía tuvo que intervenir para que la cosa no pasara adelante.

Han comenzado las conferencias sobre la cuestión de Dinamarca; de manera que por ese lado ya debemos estar tranquilos, tanto más, cuanto que el rey Guillermo de Prusia se ha trasladado al teatro de la guerra, y esperamos poder borrar á la Dinamarca del mapa de Europa antes que las conversaciones diplomáticas de Londres hayan concluido. Esto nos recuerda lo que sucedió allá por los años de 1845 en Suiza. Pues señor (y no es cuento) con motivo de una nueva constitución federal que se quiso hacer para la Suiza, los siete cantones católicos se separaron de la Confederación, formaron una liga aparte y sostuvieron una guerra con los demás cantones. Llamóse á esta liga el *Sonderbund* ó liga de los Siete; y desde el principio se comprendió que siendo imponderablemente mayor la fuerza de los otros cantones, la tal liga iba á quedar en breve disuelta. No parecía esto conveniente á la diplomacia, ó á lo menos mostraba no parecerle bien, y se trató de que una gran potencia, de acuerdo con las demás, interpusiera su voto en aquella guerra. Hubo notas, conferencias, idas y venidas de agentes diplomáticos, bases, contrabases, protocolos y contraprotocolos, y al fin se decidió invitar á la Suiza á que respetase el *Sonderbund*. Partió inmediatamente un diplomático á hacer esta intimación de parte de la Francia, y cuando llegó, se encontró con que el *Sonderbund* ya no existía, y no solo no existía ya de hecho, sino que había perdido la esperanza de reaparecer. En efecto, desde 1845 acá no ha resucitado. Creemos que aguarda un resultado igualmente brillante y sorprendente á las conferencias de Londres.

¿Pero qué nos importa todo esto si viene diciéndonos ahora un astrónomo inglés que en 1865 va á presenciar el globo la catástrofe de las catástrofes? La verdad es que no ganamos para sustos y que el que nos da ahora el inglés astrónomo es de los mayúsculos. Dice ese caballero que ha sabido por su ciencia y en virtud de sus observaciones astronómicas, que en 1865 un enorme cometa pasará muy cerca de la tierra, siendo fácil que una y otro se den un coscorrón. ¿Es posible? ¡Con que el día menos pensado ¡zas! se nos viene encima el Océano, ó el globo se parte en cachos como una naranja y cada

astro de nuestro sistema se lleva el suyo! ¿A dónde vamos á parar? Aconsejamos á los bolsistas que tengan en cuenta las vicisitudes que nos amenazan, porque de seguro al día siguiente de esa catástrofe han de bajar extraordinariamente los fondos públicos. Nosotros propondríamos que se nombrase una comision internacional que se acercara al astrónomo y le suplicase que modificara un poco el programa que nos presenta é hiciese variar de ruta al cometa, á lo menos en unos cuantos millones de leguas. Si bien se considera ¿qué necesidad tiene uno de esos viajeros celestes de visitarnos? La tierra tiene pocos atractivos, por mas que se diga, y sobre todo para los viajeros supraterrénos. En cuanto á nosotros, que vemos todos los días la larga cola del Banco, ya nos figuramos sobre poco mas ó menos cómo podrá ser la de un cometa. Son partes sutiles que van detrás del núcleo, que no han podido entrar todavía en él á cobrar su tanto de materia sólida y que aguardan su turno, unas veces de noche y otras iluminadas por el sol. No hay otra diferencia entre la cola de un cometa y la del Banco, sino que aquella es homogénea y brillante, y ésta es heterogénea y con puntos opacos, aquella se corta con tijeras de luz y ésta con tijeras de plata.

Han llegado ya los cinco leones de Price, lo mismo que los artistas del *Príncipe Alfonso*. Aquí se oye rugir, allá relinchar, mas allá chapurrar el español con toda clase de acentos extranjeros. Entre tanto Tamberlick dicen que vendrá á los Campos Eliseos á dar el do de pecho, y que el gobierno presentará en breve á las Cortes un proyecto de ley para el *Teatro Nacional*.

Poco podemos decir de teatros en esta semana. En la Zarzuela se han estrenado al fin los *Diamantes Negros*, con un éxito regular en la primera noche, que creemos se mejorará en las sucesivas. Este libreto tiene algunas situaciones de efecto y buenos trozos de música. La Isturiz estuvo bien en el desempeño de su parte.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

BUQUES DE CORAZA Y CÚPULA, INGLESES.

Mas de un siglo iba pasado, desde que el español Juan de Ochoa, residente en Lisboa, escribía á su monarca, manifestándole la idea que le habia ocurrido de forrar exteriormente con hierro el casco de las embarcaciones, á fin de que quedasen invulnerables (1), cuando la guerra entre Rusia, Francia é Inglaterra, inspiró á Napoleon III esa misma idea, ni siquiera escuchada antes por el rey á quien fue dirigida.

Púsose desde luego en práctica, y tres baterías flotantes, la *Lave*, la *Devastation* y la *Tonnante*, surcaron las aguas del Mediterráneo y del Mar Negro y dieron pronta cuenta de las fortificaciones rusas de *Kil-Bouroun*. Semejante éxito animó al monarca imperial; y secundadas perfectamente sus miras por el hábil ingeniero naval, Dupuy de Lôme, salió de los astilleros de Tolon la fragata de coraza *Gloire*. El que quiera formarse idea exacta del adelanto que en arquitectura na-

(1) Ponemos á continuacion el oficio que dirigió Ochoa, anunciando su invento:

Excmo. Sr.—Recibí la muy favorecida de V. E., de 24 de enero próximo pasado, por la cual doy inimitas gracias, por el sublime favor que tan benignamente es servido usar con este su mas ínfimo y indigno criado. El correo pasado no pude responder, por ser corto el tiempo, para obedecer las órdenes conforme S. M. me manda y yo deseo; y lo hago este correo, por el incluso diseño; lo cierto es que estimaria yo mas hacerlo personalmente, que creo mucho mas acertado por todos caminos, mas la falta de medios es causa de privarme de tan alto bien, si S. M. no fuese servido de ordenar se me dé alguna asistencia para hacer tan largo viaje con mi familia; y lo desearia mucho, como así es importante hallarme sobre la obra, á la cual creo no se pondrá dilacion siendo tan importante y clara, que no me parece se puede ofrecer duda ni réplica; salvo que no sea el de algun obstinado sugeto, que nunca faltan en las cortes, mas como esta es obra de Dios, del servicio de mi amado Rey y Patria; y coadyubado del muy católico y alto favor de V. E., no temo de ningun mal suceso, mayormente, *Sit Deus est pro me quid quid contra me*, y siendo cosa tan justa y á favor de nuestra santa fe, nadie pondrá dudas sobre una cosa tan clara, y si yo asistiese personalmente no se puede ofrecer ninguna, ni en la fábrica ni en las operaciones que se ofreciesen hacer contra los enemigos, por lo que estoy notablemente deseoso de ejecutar y tener la honra de que por mi medio restaure S. M. sus dos usurpadas plazas sin pérdida de sangre, porque esta embarcacion es un inespugnable fuerte, movable y navegable, seguro de todo fuego militar, y teniendo en la bahia de Gibraltar tres ó cuatro ó mas, pueden echar á pique toda una armada entera, y no dejando entrar naos ni otras embarcaciones que socorran la plaza, en breves dias es tomada, porque se entregarán, y no tienen otro remedio, y asimismo se tomarán todos los navios que alli se hallaren, y lo mismo sucederá de Mahon, y yendo allá con algunas otras embarcaciones y en cualquier parte que convenga hacer hostilidad se puede hacer, y con la bala tenaza, la cual llevarán todos los navios, es maravilloso, porque á pocos tiros se desbarbota una nao, y es facilmente tomada, pero conviene ocultar lo mas que se pudiere este secreto, pudiese usar en los puertos de mar contra naos enemigas, y asimismo dicha embarcacion, y no tenemos que temer de enemigos.

Suplico á V. E. de calor á S. M. para que mande poner luego, luego esto por obra, sin omision alguna, que es el pecado que ordinariamente padecemos en España, y estimaré que V. E. no me abandone con su proteccion, y la respuesta de esta para no estar con cuidado de si llegó ó no á sus excelentes manos, las que beso, mientras quedo rogando á Dios guarde á V. E. muchos y dilatados años. Lisboa occidental, y febrero, 11 de 1727.—B. L. P. de V. E. su mas humilde y indigno criado.—Juan de Ochoa.—Excmo. Sr. marqués de Scotty, mi señor.—Al oficio acompaña diseño del buque, que se halla tambien en el Museo Naval.

val militar representa esa fragata, bástale ver las citadas tres baterías flotantes, llamadas con mucha propiedad *tortugas*, por el almirante Paris, y considerar, que con máquinas de 375 caballos, y á pesar de solos 51 metros de eslora y 13^m,04 de manga, no inclusa la coraza, y de desplegar 1,625 toneladas, aquellas embarcaciones no pasaban de cuatro millas de andar, por hora, en calma, y sus cualidades náuticas eran malísimas, hasta el punto, que de encontrarse con un verdadero temporal, no hubieran podido soportarlo. Apenas corridos cinco años desde que cayeron al agua esas baterías, ya la *Gloire* mostraba sobre la superficie del Mediterráneo las formas verdaderas, aunque no bonitas, de una nave de guerra que desafiaba los golpes de los proyectiles hasta entonces en uso, y que poseia las cualidades necesarias para surcar toda clase de mares, con una velocidad de 12 millas por hora, imprimida por una máquina de la fuerza nominal de 900 caballos; enseñando al través de su férrea coraza, 36 cañones del calibre de á 50.

Semejante aparicion produjo alarma inesplicable al lado de afuera del Canal de la Mancha, en el insular reino que por muchísimos años venia ejerciendo el predominio de los mares y que temia perderlo, aunque no fuera mas que por corto tiempo, con esa aparicion y otras de la misma especie que se anunciaban en Francia. La nacional alarma escitó tambien el proverbial patriotismo de Inglaterra, y despues de muchos proyectos discutidos y desechados, salió al mar el *Warrior*, nave hermosísima, pero de dimensiones desmesuradas, como lo demuestran sus 402 pies de Búrgos de eslora, y sus 63 y medio de manga, para montar solos 50 cañones de á 68, de los cuales solo 28 están protegidos por la coraza, pues ésta no cubre mas que parte del buque. Al *Warrior* siguieron poco despues el *Defence* y el *Resistance*; más reducidos que el *Warrior*, pero tambien con parte del casco sin coraza, y adoleciendo, como este último, de la precipitacion con que se examinaron y adoptaron las ideas en que está basada su construccion. Porque, cosa rara en Inglaterra, sobre todo tratándose de asunto de marina; el gobierno de aquel pais no habia previsto el éxito de la *Gloire*, y por consiguiente la revolucion que en el arte naval de guerra habia de producir. No se explica semejante apatia, semejante abandono, por parte de un gobierno una de cuyas principales miras es observar y expiar cuanto hace su vecino rival, máxime en cosas de marina. Y no se arguya con que el emperador Napoleon III puso especial cuidado en que se ocultase la *Gloire* á la mirada escudriñadora de los extranjeros, porque semejante ocultacion solo representa la de los detalles de la ejecucion de una idea que todo el mundo sabia estarse poniendo en práctica en los astilleros franceses; lo cual manifestaba, cuando menos, la posibilidad de esa idea; posibilidad que el gobierno inglés no tuvo la prevision de estudiar, por cuya razon fue tan grande el asombro como la alarma de su nacion al saber y ver, que bajo el pabellon francés habia un buque, forrado de hierro, que podia impunemente echar á pique todos los de madera, cualesquiera que fuesen sus tamaños, de la marina británica.

Mas si de grande debe calificarse el abandono, en aquella ocasion, de los hombres de Estado de Inglaterra, de grandísima es preciso llamar la activad desplegada por esta nacion, para cubrir su falta y presentarse en los mares con igual suprenacia de fuerza, respecto á cada una de las demás del universo, como hasta entonces. Cinco años no han pasado aun desde que surcó el mar la fragata francesa *Gloire*, y ya cuenta la Gran Bretaña, tanto á flote, como en construccion, 23 buques de coraza (1) de alto porte: resultado asombroso, pero natural y proporcionado á los recursos inmensos del pais mas industrial del mundo entero. No se crea, sin embargo, que su rival se halla tan atrás: diez y seis naves con coraza y de gran porte, ya navegando ó sobre las gradas, independientemente de algunas cañoneras pequeñas, tambien forradas de hierro, tiene ya Francia (2): Francia, que en los recursos necesarios para crear y sostener esa clase de marina, no es ni sombra de Inglaterra: Francia, cuyo presupuesto es mucho menor que el de aquella nacion. ¡Qué resultados asombrosos, qué milagros no hace una administracion bien montada y manejada por una voluntad tan firme como ilustrada! ¡Admiremos los paises á quienes cabe esta fortuna! ¡Compadezcamos á los que la experimentan contraria; sobre todo, si ese pais es el nuestro, y si como buen hijo, le tenemos bien entendido cariños!

Inglaterra y Francia puede decirse que se esceden á sí mismas para tener una marina potente de coraza, ó lo que es igual, para poder sostener su rango en el universo; porque desgraciadamente la civilizacion no nos ha enseñado aun el medio de conseguir este objeto, sin el previo temor de la fuerza. España, mejor dicho, el ministerio de marina—porque el pais da para esta todo lo que le piden—ha hecho en cambio, todo lo necesario para hacer impotentes los buenos deseos de la nacion

(1) *Warrior*, *Black Prince*, *Héctor*, *Valiant*, *Defence*, *Resistance*, *Royal Oak*, *Prince Consort*, *Caledonia*, *Research*, *Achilles*, *Minotaur*, *Ocean*, *Agincourt*, *Royal Alfred*, *Prince Albert*, *Favourite*, *Zealous*, *Northumberland*, *Lord Clyde*, *Lord Warden*, *Bellerophon*, *Pallas*.

(2) *Solferino*, *Magenta*, *Invincible*, *Couronne*, *Normandie*, *La Gloire*, *Provence*, *Heroine*, *Surveillante*, *Flandres*, *Savoie*, *Revanche*, *Magnanime*, *Guyenne*, *Valeureuse*, *Gauloise*.

y los recursos que este buen deseo le suministra. Si hay quien lo dude, lea en una de las *Gacetas* del último mes la lista oficial de las cosas que en los arsenales se han hecho mal, ó están por terminarse, ó no se han comenzado á pesar de ser precisas, y agréguese á esa lista la consideracion, de que ni uno solo de esos arsenales tiene aun una sola cosa de las indispensables para crear y sostener una marina de coraza, de tal manera, que si al siguiente día de llegada á las costas de la península una de las fragatas acorazadas que para nosotros se construyen en Francia y en Inglaterra, experimenta una averia en sus costados, tendria que volver á la parte de donde vino para que se la reparen, porque nuestros arsenales carecen de medios para hacerlo. ¡Qué prevision! ¡Qué tino! ¡Qué sentido comun! ¡Encargar al extranjero buques costosísimos, de un sistema enteramente nuevo que exige medios tambien nuevos y poderosos, y no hacer lo que es debido para establecer esos medios, á fin de poder atender á las necesidades de esos buques y de poder tambien construirlos en el pais; siendo así que el nuestro no ha puesto ni pondrá jamás coto en facilitar los recursos requeridos por la marina! ¡Y aun se le dice á España que la tiene de guerra!

Entre los 26 buques de coraza que cuenta ya Inglaterra, está el *Royal Sovereign*, que además es de cúpula; esto es, que tiene torres giratorias, dentro de las cuales va la artillería. Cuatro son las que lleva el *Royal Sovereign*; en una de ellas montados cañones de 10 y media pulgadas de calibre, y uno en cada una de las otras tres; cada una de cuyas piezas pesa 12 toneladas y arroja proyectiles de 150 libras. Las bases de las torres descansan en la cubierta de la batería, y por medio de un aparato á propósito se les hace girar para que presenten al enemigo el lado que se quiere. Constituyen estas torres una armazon en extremo sólida de hierro de T, de macizos de madera y de planchas, cubierto el todo con una coraza de 5 y media pulgadas; y como refuerzo, alrededor de las portas de los cañones, una plancha de 4 y media pulgadas. La parte superior de ellas está tambien convenientemente construida, y tiene los agujeros ó miras necesarias para darles direccion cuando se hace punteria.

El *Royal Sovereign* era un navío de tres puentes, inglés, que montaba 120 cañones y tenia máquinas de 800 caballos. El día 3 de abril de 1862 empezaron las obras necesarias para convertirlo en buque de cúpula, ó sea del sistema del capitán de navío Cowper Phipps Coles. Lo primero que se hizo fue quitarle todas sus obras muertas, dejándole solo la batería baja; y en seguida se le metió en dique, donde se le hicieron las demás obras requeridas. Los costados del buque se componen de 3 pies de madera fuerte, reforzados interiormente con diagonales de hierro, y sobre el conjunto la coraza de 5 y media pulgadas de espesor. Los baos de la cubierta alta, de madera y de hierro, son dobles del número usual, y están unidos al costado por grandes piezas de hierro macizo. Sobre los baos va una plancha de hierro de una pulgada, asegurada á ellos de la manera mas firme; y sobre los baos y la plancha los tablonces de roble que forman la cubierta y tienen 6 y 8 pulgadas de espesor. El aparato para manejar el timon, y la cabeza de éste, lo mismo que la de la hélice, están perfectamente resguardados, pues de la popa sale una especie de techumbre, que está unos 20 pies elevada sobre el resto y protegida por una coraza de 4 y media pulgadas de espesor, á distancia del largo de cuatro planchas del codaste, á donde se unen á las de 5 y media pulgadas de la coraza del costado. Las muras están resguardadas del mismo modo.

La tripulacion del *Royal Sovereign* consta de 250 hombres, y lleva carbon para siete dias. Desde que se empezó su transformacion, al momento de estar listo para navegar, solo han trascurrido unos veinte y tres meses. Su eslora actual es de 492 pies de Búrgos, y de 69 escasos la manga; calando 24 pies de popa.

No hay comparacion entre el *Royal Sovereign* y los *Monitores* americanos. En estos, las torres ó cúpulas descansan en la cubierta alta, y además tienen en su parte superior la caseta para el práctico, presentando al enemigo un objeto de 15 pies de altura, mientras que en el buque inglés las cúpulas descansan sobre la batería baja, y no llevan en su parte alta aquella caseta, que va entre la chimenea y la cúpula de mas á proa, presentándose al enemigo solo con 4 y medio pies de altura.

Nada mas grande que el contraste de lo que fue y de lo que es el *Royal Sovereign*. Al hermoso navío de tres baterías, que orgulloso se gallardeaba sobre el mar, pero que no era invulnerable á proyectil alguno, ha sucedido un verdadero monstruo marino, que pintado todo de negro, y enseñando cuatro torres, de las cuales salen cañones enormes, que han de vomitar proyectiles de formidable peso, tiene una piel de gran espesor, invulnerable á casi todos los que contra ella se asesten, siendo corto el daño que los demás deban causarle.

Es el *Royal Sovereign* el primer buque de cúpula que la Gran Bretaña tiene en el agua; y para nosotros no es dudoso su buen éxito como nave de guerra, ni tampoco sus buenas cualidades náuticas. No tardaremos en saber si nuestro juicio, esplanado hace ya tiempo respecto al sistema de cúpulas, es ó no atinado.

MIGUEL LORO.

LA SUERTE DE UN GENIO Á CARA Y CRUZ.

Al celebrarse el cuarto aniversario público y solemne de la muerte de Cervantes, natural es que consagremos alguna página de nuestro periódico á este ingenio ilustre, á este hombre extraordinario, cuyas virtudes, mas que sus talentos, sirven de propio tema al orador sagrado en la cátedra del Espíritu Santo. Y echando una rápida ojeada sobre el azaroso período de su cautiverio en Argel, lo que mas se fija en nuestra mente, fuera de sus grandes proezas, lo que nos abisma en graves y profundas meditaciones, es la ocasion en que se vió España de perder para siempre á este su predilecto hijo, á punto de ser llevado por Azan Bajá entre sus esclavos á Constantinopla, trocándose de un todo la suerte y el porvenir del jóven poeta; porque es indudable, que llevadas las anclas de su escuadra en el puerto de Argel, se hubiera imposibilitado su rescate y dificultado su regreso á España y hoy nos viéramos privados del mayor y el mejor timbre de nuestras letras. Hé aquí un ligero bosquejo de aquel cuadro solemne, de aquellos momentos decisivos en que se jugó á los dados una de nuestras mas brillantes glorias, y á cara y cruz la suerte de un genio.

Era el 19 de setiembre del año de 1580.

La ciudad de Argel, iluminada por el esplendente sol de un claro día, semejaba con sus blancas casas y semicircular figura cuya base toca en las azules transparentes aguas del mar, una inmensa concha blanca como la nieve, surgiendo del vasto Océano.

Toda la poblacion agitada, bulliciosa, mostrando regocijo en sus semblantes, discurría sin tregua desde la ancha y pintoresca calle del Socco hasta la isleta, llenando los parajes cercanos al mar, el muelle de Cheredin y las puertas de Babazon y la Aduana.

En el puerto que forma el espolon, arrancando de la muralla, todas las galeras, galeotas, bergantines y fragatas se ostentaban empavesadas, y entre ellas once galeras pertenecientes á Azan Bajá y al Turco, se preparan á darse á la vela.

Un mes há que el elemento Ijuh Jaffer, favorito del Ochalí, juez y vengador del cruel Azan, ocupa con su madre y servidumbre el régio palacio de Socco, que ha sido por cinco años madriguera del carnicero renegado veneciano.

Ijuh es humano y piadoso; y aunque oye las quejas de los moros, aunque sabe las maldades del depuesto rey, sigue el consejo de su patrono y consiente en que reúna sus riquezas y parta en paz con sus amigos y esclavos á Constantinopla.

Azan parte de Argel en sus galeras, y esta es la causa de que los moradores, sin distincion de clases se apresuren en direccion del puerto á ver salir el monstruo que los ha tiranizado.

Vistoso es el panorama que se ofrece desde el castillo de la isleta. Morisma y turquesca de toda laya, pueblan la marina. Allí véanse los mudejares y tagarinos, verdugos de los cristianos, verdaderos chاوزes de los cautivos; los azuagos cubiertos de vistosos alquiceles; los baldís ó ciudadanos argelinos, con sus zaragüelles de lienzo, su gonela ó sayo de color y su albornoz como la nieve blanco; los renegados de ricas vestiduras, dueños del poder y la riqueza; los genizaros industriosos; los alarbes mendigos mal envueltos en andrajoso barragan y los mesados cabellos descul inertos; los delys ó jaques y valentones de la morería con sus plumas de grua en el turbante, tantas como cristianos han degollado con su temible alfanje; el morabuto ó santón, desaliñado en el vestir y quemados los brazos y el rostro á cuenta del fuego de la otra vida; los muchachos bulliciosos, las curiosas mujeres y cuanto Argel encierra en su recinto.

Toda esta apiñada muchedumbre tenia fijos los ojos en las faenas y maniobras de los marineros y arracees al mando de Mustafá de Xillo, jefe de las galeras de Azan, y en el subir y bajar de moros, turcos, cristianos, galeotes, esclavos, bogadores, oficiales, calafates, corsarios, mercaderes y judíos que reciben ó ejecutan órdenes y allegan provisiones, municiones y bastimentos.

Entre esta confusion y movimiento de barcas y esquifes, abordando á los costados de las galeras, se ven ricos señores, servidores y deudos del rey, que acuden á hacerle reverencia y desearle feliz navegacion al puerto de su destino. Azan Bajá sobre la popa de la galera capitana los recibe indiferente y es objeto predilecto de las miradas de los curiosos. Su edad no excede de treinta y cinco años; el cuerpo alto y flaco le hace dominar sobre los que le rodean y mostrar sus ojos grandes, encendidos, inyectados y encarnizados, su nariz larga y atilada, sus labios delgados, pelo castaño y color cetrino, indicios de su mala condicion.

El resto de la galera cuajada de oficiales, cómitres y arracees, presenta un confuso laberinto de seres que se mueven á una y otra parte, de esclavos macilentos que aperciben los largos remos y de esclavas que abrazan á sus hijos cautivos tambien, á quienes tocó mas manso dueño.

Sobre el pañol de la nave capitana se ve un jóven esclavo, inmóvil, absorto, abstraído por completo en medio de aquel movimiento, de aquella confusion de barcas

que se estrechan, de esclavos que se mueven en sus bancos ú obedecen á las órdenes del arraez. En su continente, fisonomía espresiva y mirada penetrante se reconoce al español: en su frente noble y espaciosa, en su rubia y rizada cabellera se distingue á Miguel de Cervantes. Como esclavo del rey, á quien estaba señalado un alto rescate, los padres redentores habian procurado en vano romper sus cadenas. La codicia de Azan no transigia con los escasos recursos de la redencion. Cervantes debia acompañarle á Turquía: ya era tarde para volver á tierra. Desatábanse los cables, sentíase el sordo rumor del torno que levaba el áncora y ya comenzaba la galera á mecerse blandamente y á separar su costado del lujoso y empavesado muelle. El cautivo se estremece al notar el pausado movimiento con que los edificios y los árboles distantes parecen deslizarse en opuestas direcciones, segun los términos que ocupan en la perspectiva, y fija la vista inquieta en los muros de Argel, sintiendo apartarse del lugar mismo de su martirio, del teatro de sus grandes hechos. Allí, al menos, creía respirar todavía las brisas de la cercana costa de España. Su frente se abrasa, su pecho se comprime, el corazon le salta, como si quisiera salir de su sitio; un sudor frio corre ahora por su frente y mejillas, y volviéndose al Occidente, tendiendo la mirada melancólica hácia el suelo de la España, eleva sus brazos y esclama:

¡Oh, patria mia! querida España, ¿por qué me has abandonado? Yo dejé tu caro suelo, dejé padres y hermanos, puse en peligro mi vida por estender tu fama de polo á polo. Por tí he derramado mi sangre; en tu defensa he perdido una mano; ¿qué mal te hice? ¿por qué te muestras insensible á mis desgracias? Por aumentar tu gloria, mi pecho fue tres veces abierto por las balas enemigas. Tu memoria ha sido el aliento en mi cautividad; por salvar á tus hijos he espuesto mi vida, me ha amenazado la horca, el garfio, la maza y todos los instrumentos de martirio. Y ahora, casi á vista de tus playas, muere mi esperanza. El contrario hado me arrebató á lejanas tierras do mas duros serán mis hierros y mas imposible mi libertad. Patria mia, perdona estas quejas á un desgraciado. Tal vez ignoras mi suerte, que algun día sabrá el mundo entero: acaso embriagada en el triunfo no has pensado en este naufrago triste entre tantos alegres; pero no turbe mi queja tu regocijo; yo muero contento si tú te salvas. Adios, padres queridos, adios, hermanos míos; ya el bajel que me aparta tiende al viento sus velas; pero no os apartareis de mi memoria, y si el destino implacable ordena que haya de exhalar el postrer aliento en naciones bárbaras, tu hermoso nombre, ¡oh patria mia! espirará en mis labios con el último resto de mi cansada vida. Adios, tierra amada, tierra de España, las aguas lleven una lágrima de amor, y las brisas esta plegaria mia á tus apacibles costas.

Dijo: y tranquilo, como el que ha cumplido un deber supremo, descendió del castillo de proa y fué á encerrarse en su oscuro y mísero rancho.

En tanto que lanzaba esta muda plegaria y triste despedida, sobre el castillo de popa, tenia lugar una interesante escena. Los padres redentores Juan Gil y Antonio de la Bella, habian querido tentar el último recurso, aprovechar los postreros momentos para mover el codicioso pecho del rey Azan. Provistos de sus fondos, que llevaban en moneda de oro, habian tomado un esquife y bogando apriesa llegaban al costado de la galera, con esperanza de que la vista del oro hiciese decidir al avariante monarca destronado. Pocos momentos tardaron los dos padres redentores en llegar hasta su presencia.

—Azan, exclamó Juan Gil; danos tu esclavo, danos al estropeado español y toma nuestro oro.

—Ya es tarde, respondió Azan.

—No, no es tarde, si tú lo quieres. He tenido que pedir sumas á tus mercaderes, he malbaratado mis cortos bienes, he hecho cuanto he podido para juntar su rescate. Hélo aquí, cuenta los escudos.

Juan Gil vació el talego sobre un banco y el sonido y la vista del oro alegraron el corazon de Azan, que hizo un signo al cómitre de la galera para que los contase.

—¡Quinientos escudos! exclamó el cómitre, acabada su cuenta.

—Mi esclavo vale todo un Argel, dijo Azan, montando en cólera. Cristiano, añadió encarándose con fray Juan; quinientos escudos uno sobre otro fue el precio que Azan pagó. ¿Le he alimentado yo tres años para este trato? ¿Me he espuesto á perder reino y vida para esta ruinosa mercadería?

—¡Azan! exclamó Juan Gil; yo te doy cuanto poseo, mas de lo que poseo. Para reunir este oro he andado de puerta en puerta escitando la caridad de los mercaderes y ofreciéndome en rehenes para seguridad del pago. ¿Qué mas puedo hacer? El tiempo corre, los instantes son preciosos, danos tu esclavo, danos al jóven estropeado que lloran sus padres. Cinco años lleva de cautivo, vuélvele á su patria; para tí es inútil; cédenos tu esclavo, quinientos escudos valen mas que un estropeado; yo me quedo en su lugar, trueca su libertad por mi servidumbre. Azan, escucha por tu Dios, esta última súplica.

Azan guardó silencio.

Durante breves instantes estuvo meditando sobre las palabras del religioso. La vista del oro le cegaba, le ponía fuera de sí.

—¡Quinientos escudos! murmuró; sea, llévate tu esclavo; pero con una condicion.

—Habla, prorumpió Gil lleno de gozo.

—Que pagues los derechos al cómitre y oficiales.

Juan Gil, que tenia exhausta su bolsa, creyó perdido el terreno ya ganado; pero á dicha era cristiano el patron de la barca que le conducia, el cual conocia á Cervantes, y se interesaba como todos por su suerte. Los derechos eran nueve doblas, y al punto fueron aprontadas por el caritativo barquero.

En tanto que Juan Gil satisfacía esta cláusula, fray Antonio de la Bella, habia corrido desalado hácia la proa de la galera para comunicar la fausta nueva al afligido cautivo.

—¡Cervantes! ¡Cervantes! exclamó precipitándose hácia el lóbrego rancho.

El eco de esta voz amiga penetró como bálsamo en el pecho del angustiado cautivo, que fuera de sí se precipitó á su vez sobre la angosta escala, pareciéndole un sueño oír pronunciar su nombre.

—¡Cervantes! repitió de la Bella, ¡eres libre!

Esta última palabra se ahogó en un abrazo fraternal. El jóven cautivo y el venerable religioso se estrecharon mutuamente derramando lágrimas de gozo.

—¡Partamos! dijo el religioso, señalando á su compañero Juan Gil, que descendia por el puente á la pequeña barca.

Pocos momentos despues, las naves atravesaban el puerto, la escuadra partia veloz á impulsos del viento tramontana que favorecia su rumbo y tres seres dichosos ponian el pie en tierra de Argel. Cervantes era ya de España: el cautivo de Azan, libre: el genio; rescatado para nuestra gloria; y su suerte jugada á cara y cruz, su vida puesta en las garras de la muerte, ganadas para honra de su suelo y leccion que nos enseña á admirar los altos juicios del Omnipotente.

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

UNA VISITA AL SERRALLO EN 1860,

POR MME. X...

(CONTINUACION.)

Cuando el sultan estaba oyendo estas revelaciones las muezines anunciaban la oracion de la tarde, y de consiguiente no quedaba mas que un hora para prevenir el golpe fatal, pero esta noche fue suficiente. Antes que asomase el alba los mudos fueron á estrangular al chazadeh en el kiosco en que estaba escondido; catorce elevados personajes, cómplices suyos, sufrieron la misma suerte, y la hasseki metida viva dentro de un saco de cuero fue precipitada al fondo de los mares.

A consecuencia de estos acontecimientos Mahomet III quedó abismado en una negra melancolía, baciéndosele sospechoso cuanto le rodeaba, á escepcion de la valideh, á la cual confió completamente la gobernacion del Estado. La vieja princesa no era muy hábil en política, pero poseia el arte de dominar las facciones y de atraerse la opinion popular. Habiendo los turcos sido batidos en Hungría, sobrevinieron grandes desastres; las provincias se sublevaron; faltó el pan en Constantinopla, y el populacho empezó á agitarse y á manifestar su descontento. La valideh, para apaciguar á las turbas, ordenó un *dahelme* (fiesta pública); hubo una cabalgata en que figuraba toda la corte, y en que ella misma se presentaba á caballo y sin velo. Esta novedad no tenia precedente alguno, y excitó sobremanera la curiosidad de los buenos musulmanes que hasta entonces no habian entrevisto jamás el rostro de una sultana. La Baffe era hermosa aun, dice un testigo ocular; tenia la tez muy blanca, los ojos negros y llenos de fuego, y un gesto y actitud muy imponentes. Su *tefelatar* (tesorero), iba en pos de ella, y la presentaba continuamente puñados de *aspros* (moneda menuda) que arrojaba al pueblo.

Mahomet III no tenia mas que dos hijos nacidos de la misma madre, una esclava de Chipre escogida entre los hijos de tributo. Esta favorita habia tributado siempre los mayores respetos á la valideh, y se la habia hecho propicia con la dulzura y humildad de su carácter. Agena á todas las intrigas del Serrallo, no trató de elevarse despues del trágico fin de su temible rival, y recibió el título de hasseki con una especie de indiferencia. La Baffe gobernaba, pues, pacíficamente, y su poder parecia asegurado mucho tiempo, cuando la derribó un acontecimiento el mas inesperado. Mahomet III murió á la edad de treinta y ocho años, víctima de una enfermedad que no duró mas que una sola noche, y que se dice era la peste.

La chipriota salió entonces de su oscuridad, y de repente descubrió cualidades que no podian sospecharse en ella. De acuerdo con el gran visir, se apoderó del poder, y relegó á la valideh Baffe al fondo del Serrallo viejo despues de haber hecho trasladar al tesoro las riquezas inmensas que la sultana habia acumulado. Su influencia modificó la bárbara costumbre que condenaba á muerte á todos los hermanos del emperador reinante. Mustafá, el único hermano de Achmet II, no fue entre-

gado á los mudos, sino que del harem, del cual no habia aun salido, fue trasladado á uno de los cafes situado en el fondo de los jardines del Serrallo. Algunos eunucos y algunas viejas esclavas, fueron encerradas con él para hacerle compañía.

Para un adolescente, que no habia aun probado la libertad, nada seguramente tenia de terrible aquella cárcel, y su manera de vivir probó que se habia resignado á ella de muy buen grado.

Achmet II acababa de cumplir 16 años cuando sucedió á su padre. Era de una complexión valetudinaria y enfermiza; miraba con indiferencia á todas las esclavas y hasta le importunaban los atractivos que procuraban estas descubrir para agradarle. Su única favorita era una judía vieja llamada Keira-kadum, cuya cara era de las menos escitativas. Siendo jóven habia gustado al sultan, porque le referia anécdotas y cuentos, y le proporcionaba en secreto frascos de un vino de Quio, que halagaba mucho su paladar. Bajo la apariencia de un humor siempre alegre y complaciente, Keira disimulaba una avaricia escesiva y una aversion sorda á todo lo que no pertenecia á su raza. Traficaba con las mercedes que obtenia. En poco tiempo habia acumulado inmensos bienes, y creciendo su insolencia con su fortuna, exigia que se la respetase tanto como á la madre del sultan. Su favor se convirtió al cabo en un escándalo público; el pueblo se amotinó viéndose gobernado por una judía vieja; á la cual habia visto en otro tiempo arrastrar su miseria á las puertas de los bazares. Un dia los genizaros invadieron el primer patio profiriendo gritos confusos, terribles preludios de todas las sediciones. Luego atacaron las puertas del segundo patio á fin de penetrar en el interior del Serrallo: pero la tropa fiel de los bastandjis que defendían el paso, consiguió rechazarlos. Al principiar la revuelta, el príncipe se hallaba en uno de los kioscos que miran al mar, escuchando las anécdotas que le contaba Keira-kadum, y desde aquel punto no podia oír los rumores que venian de fuera, por lo que quedó muy asombrado cuando el gran visir se llegó á él precipitadamente para advertirle que los genizaros sublevados asediaban el Serrallo. Y bien ¿qué quieren? preguntó el sultan sin inmutarse. — Quieren la cabeza de Keira-kadum, y es necesario dársela, respondió el gran visir resueltamente. La desgraciada mujer se echó de rodillas á los pies de su se-



EL CACIQUE CARACATUI, Y SU HIJO. (DE FOTOGRAFIA)

ñor, y le suplicó que la salvase. Pero los gritos amenazadores de los genizaros llegaron al kiosco, y todo era de temer de su tremenda saña. El sultan Achmet trató en vano de defender á su favorita; apremiado por el gran visir, tuvo que dar la orden fatal. Un bastandji se apoderó de Keira-kadum y se la llevó ya medio muerta de angustia y de espanto. Fue conducida al segundo patio, y un momento despues su cabeza, arrojada por encima de las almenas de la puerta de las Saluciones, caía en medio de los sediciosos. Esta ejecucion apaciguó la revuelta y todo volvió á entrar en el estado normal; pero el jóven emperador no se consoló tan fácilmente de la pérdida de su antigua amiga, y no tardó en vengarla haciendo entranegar el gran visir de quien sospechaba que habia fomentado directamente la revuelta de los genizaros.

Entre las bellas esclavas con que el kishlar-agá iba repoblando el Serrallo, se halló una en fin, que tuvo la suerte de caer en gracia al jóven emperador. A esta gran noticia la alegría entró en el harem imperial. Todas las odaliscas concibieron la esperanza de obtener tambien el amor del sublime sultan. Hubo, en efecto, varias favoritas que casi simultáneamente le hicieron padre de un hijo y de cuatro hijas. La que tuvo la fortuna de dar á luz el chazadeh fue, segun costumbre, proclamada hasscki; pero quedó confundida entre sus rivales y tuvo que contentarse con este vano título.

En medio de tantas mujeres cuya felicidad era tan pasajera y que agitaban el Serrallo con sus celos, sus discusiones y sus intrigas, se hallaba una esclava jóven que tenia la mas bella educacion que pudiera haber recibido una mujer turca. Sabia leer y escribir correctamente el turco y el persa, cantaba además muy agradablemente y bailaba con mucha gracia. Su semblante era de una belleza no mas que regular; tenia la tez tersa, el pelo rubio como el oro y los ojos negros. Se la habia dado el nombre de Kirsem (g r d i n f l o n a), porque en realidad no era delgada, si bien sus miembros eran fuertes y graciosos. Trascurrieron años antes que el sultan fijase en ella sus miradas; pero fue al cabo atraído por la dulzura de su voz; descubrió luego que sabia tantos cuentos é historias maravillosas como su tan llorada Keira, y desde entonces no se cuidó ya de las demás odaliscas.

Kirsem no era de sangre cristiana, ni de origen noble como Roxelana y la Baffe-Nasid: musulmana, unia á los instintos feroces de su raza muy raras aptitudes. Su talento era vivo y sagaz, su alma profundamente corrompida, y tenia la dulzura pèrvida, la astucia, la voluntad persistente y la sumision absoluta de las mujeres de Oriente.

El sultan la dió luego pruebas extraordinarias de su amor. No pudiendo quitar á la hasscki el título de que estaba en posesion, nombró á Kirsem segunda hasscki, y quiso rodearla de un aparato igual al de la sultana valideh. Ninguna sultana, ni aun la misma reina de España, poseia tantas pederías y joyas como aquella favorita, que se presentaba adornada con las mas bellas perlas y los mas preciosos diamantes que ha habido en el tesoro de los sultanes. Un dia le dió Achmet unos pendientes valuados en 3.000.000 de nuestra moneda. Estos pendientes eran de brillantes del tamaño de avellanas, acompañados de admirables rubies. Kirsem no se quitó nunca aquel soberbio adorno, prenda de la pasion del sultan. Amaba con exceso la magnificencia en los trages y no se presentaba jamás delante del gran señor sino sumtuosamente afaviada. La hasscki y las demás odaliscas habian quedado reducidas á la nulidad; ella con una sola pa-



COLEGIATA DE BAYONA. — GALICIA. (VÉASE EL NÚMERO PRÓXIMO).

labra hubiera podido desterrarlas al Serrallo viejo; libre en el harem imperial donde el sultan no se cuidaba mas que de ella, era la igual de la valideh. La primera hasscki murió de celos y de dolor pensando en el triunfo de su rival.

Aunque Achmet no fue jamás en persona á combatir á la cabeza de sus ejércitos, su reinado fue glorioso, pues sus generales ganaban batallas, mientras él levantaba la hermosa mezquita que lleva su nombre, y hacia prudentemente estrangular á uno de sus yernos, el gran visir Nassuf, que trataba de destronarle. Este Nassuf

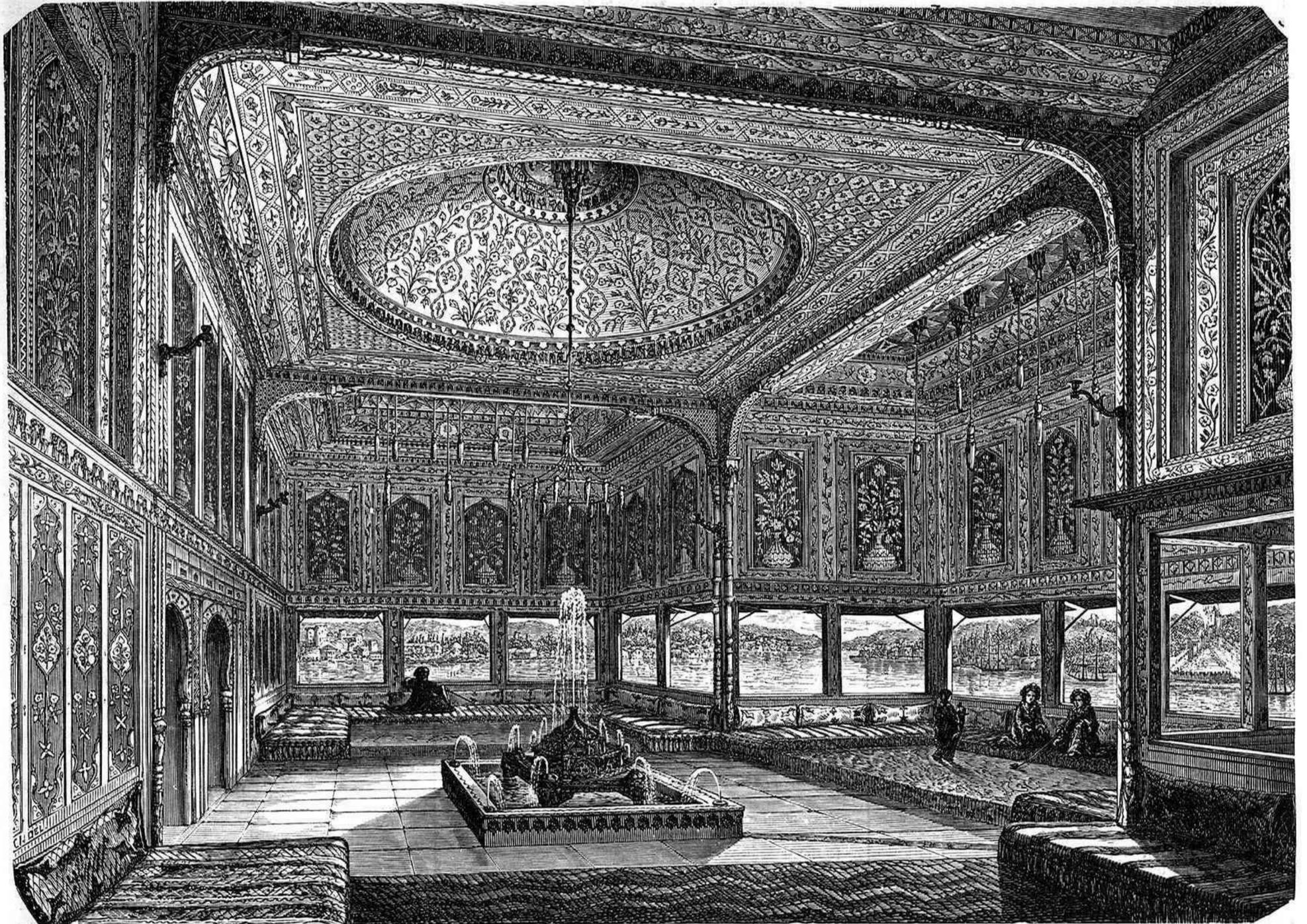
habia tenido el honor de casarse con la hija primogénita del sultan y de Kirsem. La sultanita no tenia aun cinco años cuando murió su primer marido, y antes de tener la edad de veinte años, se habia casado ya cuatro veces. Habiendo acumulado tantas viudedades, habia llegado á ser tan rica, que se decia proverbialmente hablando de un pródigo: «Gastais todo el tesoro de la sultana Guenher.»

Este nombre quiere decir en persa piedra preciosa.

El sultan Achmet era el hombre mas dichoso de su imperio. Osman, su hijo primogénito, no anunciaba

mas que bellas inclinaciones, y no le causaba aun ningun cuidado. Kirsem le habia hecho padre de dos hijos que se hallaban aun en la menor edad y de varias sultanitas.

La valideh, su madre, veia sin envidia el influjo de la favorita, y las dos vivian en buena inteligencia. Pero los destinos humanos no consienten una felicidad tan completa. En medio de su gloria, el sublime emperador esperiméntó los primeros síntomas de un mal, cuya causa era desconocida. Aunque estaba en la flor de su edad, languidecia lentamente, y cada dia parecia que



INTERIOR DE UN KIOSKO DEL SERRALLO (1).

se llevaba un año de su vida. A pesar de su ignorancia sus médicos comprendieron que sus remedios serian inútiles, y se lo advirtieron á la valideh. Ya Kirsem sabia que el sultan se acercaba á su última hora, y preveia los acontecimientos que seguirian á este suceso: todo cambiaba á su alrededor, su poder caia y estaba amenazada de concluir sus dias en el Serrallo viejo, despues de haber visto estrangular á sus dos hijos. Tal era el porvenir que la esperaba, si el chazadeh sucedia directamente á su padre. Para evitar esta funesta suerte, tuvo el atrevimiento de provocar una alteracion en el orden de sucesion. De acuerdo con la valideh, dió á entender al sultan que el chazadeh era muy jóven para gobernar tan vasto imperio, y que los bajaes turbulentos, y los genizaros indóciles, no dejarian á un niño de doce años subir pacificamente al trono. Para evitar las desgracias que preveia, le comprometió á designar él mismo para sucederle á aquel hermano al cual su magnanimidad habia perdonado la vida, y que hacia catorce años que vegetaba en el cafes que le servian de prision.

El triste monarca se rindió á estos consejos y mandó que hicieran comparecer á Mustafá.

Este se postró de rodillas al entrar en la cámara imperial; temia que una sospecha ó un capricho le entregase al lazo fatal. Los dos hermanos no se habian visto mas que una vez desde que el uno reinaba y el otro languidecia en su prision; aunque jóvenes, uno y otro parecian igualmente viejos; la enfermedad y el cautiverio habian producido el mismo efecto.

En presencia de la valideh, de Kirsem y del gran visir, el emperador moribundo designó como sucesor al principe Mustafá y le recomendó su jóven familia, rogándole con las lágrimas en los ojos que dejara vivir á sus hijos.

(Se continuará.)

BARTOLOMÉ PINELLI.

Entre los caprichos de Carraccio, Rembrandt, Calot, Leclerc, Lebrun, Flaxmann, etc., creaciones fáciles del genio, siempre consultadas con provecho, siempre admiradas con encanto, pocas veces deja de figurar en las cartaras escogidas una coleccion de trages romanos, de escenas ya populares, ya históricas ó heróicas, en que al vigor y facundia, al movimiento y brillantez, se juntan una estremada naturalidad, una incisiva espresion, un dibujo bien entendido y una gestion tan espontánea en la forma como en el fondo. Obsérvese como muestra

(1) La vista de este kiosk puede dar una idea del lujo que reinaba en tiempo de Soliman, el Magnífico, á cuya época pertenece. El kiosk de las Peras que desde el terreno del Serrallo se adelantaba sobre el mar del Mármara, estaba adornado por igual estilo con profusion de alabastros, arabescos de oro y azul, maderas talladas, nácar, fuentes, y sobre todo la vista sin par del Bósforo, bajo un cielo resplandeciente.

la viñeta de los *pifarari* (página 112): ¡qué verdad en esas dos figuras! ¡qué tipos tan acentuados en lo gráfico y lo característico! Pues asi son la mayoría de las obras de Pinelli, el mas popular de los modernos artistas italianos, el númen del Transtevere, el Goya de la plebe romana, el improvisador eminente, que si no descoló entre las primeras celebridades, es por haberse encerrado con abandono en la modesta esfera donde campaba á su gusto y cosechaba fáciles laureles.

Hijo de la calle, por decirlo asi, Pinelli es la encarnacion viva del pueblo, al cual consagró su existencia y retrató durante ella: es el genio de este pueblo dibujándose y reproduciéndose á sí mismo.

Romano por naturaleza, por costumbres, por figura, en sí personifica aquella democracia, á la vez indolente y soberbia, que vegeta en las cautivas suburbanas de la inmortal ciudad, que vaga á orillas del Tiber, ó bebe inspiraciones de arte y filosofia entre las ruinas del Foro ó en las soledades de Campo-Vaccino.

A la sombra de un cobertizo ó al ingreso de una taberna, vereis grupos pintorescos de fumadores y bebedores, gente de todo linaje, mancebos traviesos, muchachas airosas bajo su mantellina y corto zagalejo, unos gravemente sentados en torno de adivinos y recitadores, otros animados jugando á la morra, ó bailando saltarelas al son de una mandolina. Confundido con esa turba, un hombre envuelto en plebeyo capoton, cubierta la cabeza con un campanudo sombrero, cuyas negras guedejas y mirar espresivo revelan extraordinaria lozanía de constitucion, á la vez que brinda con los bebedores

y aplaude á los bailarines, está dibujando en una cartera colocada sobre sus rodillas. Este es Pinelli: este es el pintor á quien nos referimos, con su público, con su taller, con sus modelos; este es el escenario y los actores, que con incomparable *vis cómica* traslada en esas fantasías improvisadas, genuina revelación de su talento.

A fuerza de humorista, en las impresiones de actualidad halla su mejor inspiración. No le alejéis del Ghetto y del Transtevere, de Anagni y de Monte Circeo; dejadle con sus garridas aldeanas, con sus *sherri* de la *hampa romana*. Si pasa la vida en una humilde zahurda; si habiendo estudiado algunos años en la academia de Bolonia, vuelve de diez y seis á su retiro favorito; si desecha relaciones aristocráticas y protecciones de alta esfera; si abandona la amistad del príncipe Lambertini, del abate Levizzari, del profesor Keisermann; si mas adelante desoye las ofertas de unos ingleses que le brindan con distinguidos empleos en el extranjero, todo ello es para obrar con mas desembarazo en la órbita que se ha trazado, y conservar su independencia. Necesita recibir de continuo las impresiones que animan su lápiz, y segun él mismo dice, no puede ponerse al caballete sin haber dado antes una gira por los barrios y contornos que le vieron nacer.

Tal es en globo la biografía del sencillo maestro, que celebrado entre otros por Cánova é idolatrado de sus paisanos, consagró á los mismos cincuenta y tres años de una existencia sin peripecias, sin grandes logros, pero no sin esplendor, recibiendo en cambio consideraciones asiduas y una ovación calorosa el día de su muerte, ocurrida por abril de 1835. La inscripción puesta en su sepulcro le gradúa «de genio pujante para toda clase de obras artísticas, célebre en Europa por sus grabados sobre cobre, que no tienen igual en fancia, energía, vigor y gracia de ejecución.»

Contra lo que debiera suponerse de sus hábitos vulgares, fue persona notablemente instruida. Espedito y ágil en el trabajo, en cuatro líneas reproducía los mejores cuadros y despachaba sus composiciones originales, sin levantarse de su tarea á veces por catorce horas consecutivas. Lo mismo dibujaba y pintaba que grababa y esculpía. Esta ligereza y la necesidad de trabajar para vivir, influyeron probablemente en el desaliño de algunas de sus obras, las cuales á ser mas meditadas, no ofrecieran incorrección, segun era la maestría del autor. A iguales causas debe atribuirse que no ejecutase trabajos grandiosos de pintura y escultura, con daño de su honra é intereses. En cambio dejó innumerables dibujos, grabados, grupos y figuritas de barro. De esta última clase son célebres unos *jugadores de bolos*, un *ganadero de las lagunas Pontinas*, á caballo, la *maldición paterna*, y otros episodios de grande efecto. En pintura se le conocen pocos bosquejos, y algun excelente paisaje local. Sus grabados se cuentan por series: los *trages provinciales*, los *buffi caricati ó caracteristi*, las famosas epopeyas de *Meo Patacca* y del *Maggio romanesco*, etc. Para comprender toda la variedad y fancia de su ingenio, baste decir que sobre sus muchas obras de reproducción y esculpido, ilustró sucesivamente las de Virgilio, Dante, Ariosto, Tasso, el Telémaco de Fenelon, la historia de Pio VII, la de la república y del imperio romano, la de Grecia, etc. En sus últimos años ocupábanle unas grandes planchas de los sublimes hechos romanos, que no pudo concluir, y á la vez componía unas viñetas para el *Quijote*, que recibieron de él la última mano pocos días antes de su fallecimiento.

Se han formado sobre Pinelli varios juicios, hasta compararle con Cellini. Es cierto que pudo sacar mas partido de su talento saliéndose de la trivialidad; pero nadie negará que fue verdadero, sencillo, prolífico, vigoroso, intencionado y espresivo. Con menos elementos se han levantado grandes reputaciones.

JOSÉ PUIGGARÍ.

ESCURSIONES POR LA AMERICA DEL SUR.

RAZONAMIENTO DE UN SALVAJE.

Descendiendo por el anchuroso río Paraguay, en su margen derecha se distinguen, no sin delicia, aquella frondosa y fecundísima vegetación, aquella reunión de bosques vírgenes, cuyo eterno verdor nos obliga á considerar la naturaleza con toda la esplendidez que solo pudo presentar al hombre la mano prepotente del Criador.

En esta margen derecha se ve una parte dilatada de lo que llaman los geógrafos el Gran Chaco, ese inmenso terreno, cuya población india se encuentra hoy en el mismo estado que en la época de su descubrimiento. Jamás pudieron nuestros progenitores sostener en este sitio ningun establecimiento sólido, á pesar de sus perseverantes esfuerzos. Algunas de las tribus antiguas que allí residían han desaparecido, ó mejor dicho, han cambiado de nombre, ó se han confundido con otras mas poderosas.

Al Sur del río Bermejo estaban los indios *tobas* y los *macovís*, que existen hoy todavía, y constituyen las tribus mas numerosas. Estuvieron en guerras continuas con los españoles que habitaban en Santa Fe, en Cór-

doba, en Santiago del Estero y en Corrientes, hasta la época actual. Los *tobas* tenían igualmente tribus al otro lado del río Bermejo, y hoy se las conoce bajo el nombre genérico de *guaycurus*, que pertenecían á la nación mas enérgica de todo el Chaco, nación casi destruída á fines del siglo anterior, á consecuencia de la costumbre que tienen las mujeres de provocar los abortos, á fin de no tener mas de dos hijos.

Los *mbayas* ocupaban en la época del descubrimiento todo el Norte del río Pilcomayo; eran una raza valerosa, de elevada estatura, que despues del primer momento de sorpresa que les causaron las armas de fuego de los españoles, les hicieron una guerra sin tregua y les cortaron el camino del Perú por el Norte. En muchas ocasiones penetraron en el Paraguay y llevaron el terror hasta las puertas de la Asunción. Los *mbayas* son conocidos hoy bajo el nombre de *guaycurus*, y los brasileños los llaman *Indios cavalleiros*, porque usan mucho del caballo, porque manejan muy bien la lanza, porque son muy celosos de su independencia y muy leales en sus contratos, aun con sus propios enemigos. Además de su valor reconocido se han hecho notables por su inteligencia.

Mi larga residencia en los países que confinan con estos desiertos, mi excesiva curiosidad y los recursos que me suministraba la benevolencia de un gobierno á quien tuve la fortuna de hacerme simpático, me facilitaron en determinados períodos la ocasión de explorar aquellos terrenos y conocer algunas tribus *mansas*, pero mi ánimo no quedaba cumplidamente satisfecho si no visitaba esa tribu arrogante, que tan memorable se la hecho por sus proezas en tiempo de nuestros conquistadores, y que tanto se abstienen de visitar los viajeros por el terror que inspira.

Una feliz coincidencia vino á favorecer mi ansiedad. Una empresa mercantil proyectó una caravana, que desde la provincia de Corrientes debía internarse en el Chaco, no sin las precauciones necesarias para evitar un conflicto por parte de una gente tan poco amiga de huéspedes de otra raza. Formé parte de esta expedición, y tuve la suerte de que me dieran la dirección moral de ella, pues yo, lejos de ser allí un miembro especulativo, no era mas que un curioso.

Quiero omitir las dificultades y los sinsabores de todo género que experimentamos en la navegación del río Bermejo, en una embarcación incómoda: las encalladuras del buque en bancos movedizos de arena, las molestas dilaciones que nos ocasionaron, luego que saltamos en tierra, los defectos de un itinerario formulado por una mano poco idónea, los pantanos donde nos sumergimos, los matorrales espinosos que despedazaron nuestros vestidos y ensangrentaron nuestra piel, las recias lluvias que nos sorprendieron en despoblado, y los vientos del Sur que nos enfriaron.

Por fin llegamos á la Esquina Grande, é hicimos alto. Los indios habían tenido aviso anticipadamente de nuestra expedición, y estaban dispuestos á recibirnos bien, pues les habían informado que les llevábamos muchos regalos.

Llevábamos con nosotros algunos indios de tribus diferentes, no solo para que fuesen nuestros *vaqueanos* (guías), sino en calidad de sirvientes, y yo llevaba un intérprete.

El día 6 de junio de 1860 á las nueve y media de la mañana, nos dirigimos hácia el Norte por buen camino, y habríamos andado un cuarto de legua cuando encontramos seis indios, entre los cuales venia el cacique *Caracatuí*. Se incorporaron con la comitiva despues de habernos saludado, y continuamos la marcha, siempre con rumbo al Norte.

Un poco mas adelante aparecieron como unos cien indios, que se acercaron á nosotros con aire de curiosidad. *Caracatuí* nos preguntó en mal español si traíamos *lengüero* (intérprete), y le contesté que sí, mostrándole á mi criado, que se llamaba Cirilo, y á otros indios que llevábamos con nosotros, pertenecientes á la tribu *payaqua*.

Caracatuí, que vió que yo tomaba la palabra, le pareció que á mí debía dirigirse, y dándome la mano, me dijo por medio del intérprete lo siguiente:

«Antes de ahora sabía que ibais á venir á mi tierra, y de gozo no he podido dormir ni comer con sosiego, y tenia mi espíritu como un caballo fogoso, porque tenia muchas ganas de recibirte; tu tardanza me causaba enojo, pero ya tengo mis deseos cumplidos; esta hora es para mí de entero gusto. Podeis tener la satisfacción de que sois los primeros cristianos que pisáis esta tierra, pues solamente tiempo atrás vino otro á quien tambien miré como indio é hijo mio; pero habiendo pagado con una perfidia la hospitalidad, llevó su merecido. No volverá á hacer otra.»

Yo le contesté como sigue:

«Si tú te alegras de vernos, nosotros tambien nos alegramos de tu satisfacción, y me complazco en reconocerlo. En el mero hecho de haber solicitado venir á este paraje, puedes figurarte el deseo que teníamos de llegar á tu toldería, y lo persuadidos que estábamos de que seríamos de tí bien recibidos.»

Despues que hubo escuchado de boca del intérprete las palabras que acabo de apuntar, quedó un rato suspenso mirándome con particular fijeza, y dijo al fin.

«De tus condiciones y de las de tus compañeros me habló hace días el cacique de una tribu amiga; estoy

persuadido de que sois dignos del recibimiento que os hago.»

Yo le repliqué seguidamente.

«Caracatuí, el primer favor que te pedimos es que nos conozcas bien, para que puedas hablar con fundamento. Yo, acaso mas que mis compañeros, deseo hablar despacio contigo, é igualmente que me franquees un corto recinto donde nos podamos alojar con alguna comodidad.»

«El sitio donde debo alojarme, replicó, está elegido, y es muy cerca de mi propia vivienda, porque quiero gozar lo mas posible de vuestra compañía.»

Hizonos señas para que le siguiésemos, y lo verificamos, así como todo el concurso de indios que allí estaban. Al poco tiempo llegamos á una planicie arenosa, como lo era todo el contorno de su toldería, la que distaba de este sitio unas cuarenta varas, donde vimos algunos árboles bastante elevados, copudos y muy frondosos.

«¿Te gusta este paraje? me preguntó; el agua está muy cerca.»

Le respondí que nos agradaba el paraje, y mas por estar próximo á su habitación.

Nos sentamos al pie de un árbol. *Caracatuí* se sentó á mi lado; los demás indios se sentaron tambien, pero frente á nosotros formando un semicírculo de una sola fila.

Me dijo que se encontraba muy fatigado y casi enfermo de una expedición que había hecho días antes por las márgenes del río Pilcomayo para cazar un *yaguar* (tigre) muy corpulento, de cuya piel estaba enamorado, pero que sus pesquisas y las de su gente habían sido estériles. Añadió que la noche antes de nuestra venida había soñado que unos *pitanguas* (extranjeros) le habían venido á visitar y que le habían dado muchos regalos, entre los cuales había visto unas espuelas muy blancas, espejos, cascabeles, cuchillos de hierro blanco, y otras cosas que eran muy de su agrado.

El trato que antes había yo tenido con otros indios me hizo comprender, que todas las tribus tenían igual modo de insinuar sus peticiones; y que la prueba mayor de afecto que dan á sus semejantes, es decir que han soñado con ellos. Sin embargo, le hice presente la incertidumbre de los sueños. La conversacion se generalizó, y yo aproveché esta circunstancia para separarme del concurso acompañado solamente de *Caracatuí* para mejor acomodarme y poderle obsequiar.

Llamé á Cirilo, que vino con parte de mi carga y saqué de ella para el cacique una caja de dulces y otra de galletas norte-americanas. En seguida se apartó de mí, llamó á su gente y repartió entre todos el obsequio que acababa de hacerle, á cuya dádiva acompañaba frases que segun me referia el intérprete demostraban los favores que yo les dispensaba.

Levanté mi tienda; entró en ella *Caracatuí*, le di un vaso de aguardiente anisado, le tomó y se retiró ofreciéndome que volveria.

Con efecto, poco tiempo despues volvió con una anciana, que dijo era su madre, y con un jóven que añadió era su hijo. Di á la vieja algunos avalorios y otras frioleras de las que apetecen las indias, y al cacique un sombrero de paja, un baston, un látigo con empuñadura de plata, y una botella de aguardiente.

Caracatuí me apretó la mano y me dió las gracias; luego tomando una apostura grave, y dando cierta magestad á sus palabras y á sus ademanes, me dijo lo siguiente:

«No hice mas que mirarte, y comprendí que tenias buenas intenciones. Nuestra rusticidad solo se vence con la franqueza y los buenos procedimientos, pues como carecemos de cosas buenas, tenemos una vida de perro, y participamos de sus propiedades. El perro ama á quien le da, y le es tambien grato y fiel. Soy racional, no soy caballo ni buey, y no creo que pueda haber otro hombre de respeto y honrado, que se proponga engañar á un cacique que vive en sus tierras, disfrutando de una quietud apacible, respetado y querido de sus vasallos, al mismo tiempo que temido de los indios.» Aquí esforzó la voz. «¡No soy *alzado* (altivo, orgulloso, soberbio), como otros dicen, ni traidor, como otros aseguran; solo conozco mis fueros, y lo poderosa que es la costumbre que nos gobierna! Dicen que soy *alzado*, porque el gobernador cristiano de la provincia de Corrientes me mandó llamar, y yo contesté á sus mensajeros que no queria ir. Esta respuesta me pareció muy propia del recado, porque si él me mandó llamar como gobernador, yo no quise ir como cabeza principal de estas tierras, é independiente de su jurisdicción. Dicen que soy traidor, porque he sabido defenderme de mis enemigos, y castigarlos á tiempo. No tengo motivos para ser *alzado*, pues ni poseo mas bienes que mis vasallos, ni tengo otro caudal ni defensa que ellos; razon que me obliga á consultarlos para proceder con firmeza en cualquiera materia de Estado. Yo conozco que los superiores que te gobiernan á tí han de ser gentes de mucha autoridad, porque el mas rústico conoce por el criado el poder del amo. Si has venido á estos sitios por obedecer á tus superiores, tienes á mis ojos mas méritos todavía, y lo tiene tambien tu amo. His despreciado los temores de la muerte al internarte en unas tierras desconocidas de indios bárbaros, como dicen los cristianos. ¿Cuánto

no debe valer ese hombre que te manda, cuando por servirte pones á riesgo tu existencia? Cuando veas á tu señor, dile cuánto le admiro, que me veo feliz con tu venida, y que ella me parece un buen pronóstico de mis venideros días.»

Toda esta relacion la hizo con ademanes tan graves y mesurados, que no pude menos de quedar sorprendido, tanto mas, cuanto que en mis conferencias anteriores con otros jefes de indios, jamás noté tanta elocuencia, ni un discernimiento tan ageno á un salvaje. Su manera de discurrir me obligó á responderle con algun detenimiento, y por lo tanto le dije:

«Caracatuí, te has comparado á un perro, y esto me demuestra tu buen juicio, porque el perro es símbolo de la fidelidad y de la gratitud. Hace tiempo que tenia noticias de tu persona; y he visto con satisfaccion que no me han exagerado tus buenas cualidades. Supe tambien que eras activo, pero tu altivez es digna, y no está cimentada en una pueril vanidad, sino en la dignidad de tus sentimientos. Eres el soberano de estas gentes que te obedecen, y haces bien en querer que te respeten y consideren como á tal...»

No quiero referir todo lo que le dije, pues lo que mas ha de interesar á nuestros lectores, son las palabras del salvaje. Cuando hube terminado mi discurso, cuyas frases iba trasmitiendo el intérprete, quedó el cacique suspenso un gran rato. Luego, lanzando un suspiro, se dirigió al intérprete con estas palabras:

«Cirilo, estoy dado (estoy vencido, soy de este hombre), dado estoy, Cirilo, y díselo á ese *carai guazú* (á ese hombre grande); dile que le creo y que cuanto me promete es verdadero, y que me escuche por un rato mis razones. Siempre los indios fuimos desconfiados de los cristianos, porque nos engañan muy á menudo, y como un solo engaño es bastante para engendrar desconfianza, no es mucho se conserve en nuestros ánimos el recelo. No puedes, amigo, negarme esta verdad. Los jefes para tratar con nosotros se valen de sugetos, que ó prometen mas que los superiores, ó no dicen lo que se nos promete. Por consiguiente, ellos tambien no dirán lo que nosotros aseguramos, y de aquí nace nuestra desconfianza con la esperiencia que tenemos de que en nuestros *conchavos* (contratos), rara vez dejamos de ser engañados por los comerciantes. Para decirte la verdad entera, te confesaré, que antes que llegáseis, estábais todos amenazados de muerte, pues tu persona, comitiva y carguería, eran de meter codicia en toda la tierra. Un cautivo de tu carácter y circunstancias, es cosa de valía, y aun tu muerte haría tomar nombre al que la ejecutase; pero me has hablado, has acariciado á mi hijo, no he visto en tu rostro un signo de mofa, has respetado nuestra ignorancia y... yo no puedo matarte; esto sería hacer un cambio indigno de mis sentimientos. Por eso he dicho á mi gente que eres mi igual, que nuestras flechas no tienen punta para tu pecho, ni para los de tus compañeros...»

En esto se aproximó un indio que quiso interrumpirle no sé con qué motivo. Caracatuí se volvió á él con rabia y le gritó muy fuerte:

¡¡¡Iquinini!!! (Silencio).

El indio se retiró, y Caracatuí le siguió con la vista, pero algo debió significarle la llegada intempestiva del indigena, porque cerrando aquí su discurso siguió al indio, no sin haberme dicho antes que pronto volvería.

Yo mientras tanto me puse á escribir en la tienda; pero acudieron tantos indios y tantas indias, y era tal el alboroto y la algazara que traían, que me era imposible hacer los apuntes que deseaba en mi diario.

Al fin llegó otra vez el cacique, le supliqué que dijera á su gente me dejase trabajar, pues para conocerme, y para ser objeto de novedad, ya habia pasado mucho tiempo. Mandó Caracatuí que se retirasen y todos obedecieron.

Cuando hube terminado mis apuntes, rogué al cacique que protegiese á mis compañeros en su propósito, que admitieran los géneros que traían en cambio de cera, pieles, palos de tinte, cocos y otros frutos de su suelo; le dije que eran gentes muy honradas é incapaces de engañar á sus súbditos, y que los guiasen en sus escursiones, pues querian visitar otras tribus con el mismo objeto.

Me ofreció que así lo haría.

Comimos juntos, hablamos mucho, y observando yo que el sol estaba próximo á esconderse, le rogué que se dejase retratar él y los indios que quisieran. Tuve que entrar en largas y menudas esplicaciones para hacerle comprender lo que era un retrato, de lo cual quedó muy sorprendido, y deseoso de ver su imagen.

Con este objeto, mientras él llamaba á varios indios, yo preparé mis aparatos de fotografía, pero los indios que acudieron, apenas vieron la cámara oscura sobre el trípode y el objetivo que les apuntaba, echaron á correr dando gritos, y hasta el mismo Caracatuí que estaba á mi derecha, me miró receloso y con cierto temor que procuraba ocultar.

«¿Por qué huye tu gente? le pregunté.»

«Acaso sospechan una traición, me respondió. ¿Qué es lo que va á salir de ese agujero? añadió señalando al objetivo.»

«Ahora lo verás, le dije para tranquilizarlo.»

Preparé una plancha, la puse en la cámara oscura, y despues que la hube revelado, salí de la tienda y le

mostré la vista de su toldería. Tranquilo con esta prueba, traje á su mujer y á dos de sus hijos, y se pusieron frente á la máquina sin recelo alguno, y saqué la prueba que verán nuestros lectores en el grabado que acompaña este artículo.

Permanecí en este paraje nueve días, tiempo suficiente para explorar su vegetacion, sus minerales, y todo cuanto pertenece á la historia natural, cuyos pormenores me abstengo de apuntar aquí, con otras circunstancias puramente científicas, porque mi objeto ha sido solamente hacer ver á nuestros lectores, que tambien en esos grandes desiertos, entre el silbido de los vientos pamperos, y entre el rugido espantoso de las fieras, hay seres racionales que aun cuando se llaman salvajes son elocuentes, y no han perdido de dignidad recomendable á los ojos del mundo entero.

I. A. BERMUJO.

LA VERDAD DEL SENTIMIENTO.

I.

—Madre, las flores del huerto
pálidas están y secas,
y nada me dicen nunca
por mas que yo lo apetezca.
Madre, el rio viene turbio
los pájaros no gorjean
y aunque al alba me levanto
jamás la veo risueña.
Madre, no sé qué es rocío
la aurora no vierte perlas,
ni los arroyos murmuran
ni las fuentes se querellan.
Madre, ¿quién hace esos libros
donde estas cosas se cuentan?

II.

—Desde que vas á la fuente
sufres niña y no te quejas,
sin duda encontraste allí
un manantial de tristeza.
—Ayer el agua cogia
tan solo para beberla
pero me han aconsejado
que riegue el huerto con ella.
Mis flores se marchitaban
y ya se hierguen esbeltas:
madre, del rio ya cuento
las nacaradas arenas,
las aves trinan á coro,
la aurora mi sien refresca
el rocío se deshace
bajo mi planta ligera.
Las perlas de la alborada
¿son perlas, madre, son perlas!
¡y en cada frente hallo un cielo
y en cada cielo una estrella!
¡Madre, y ya ha vuelto mi amante
sano y salvo de la guerra!
Madre, ¿por qué no hacen libros
donde estas cosas se aprendan?

III.

La madre besó la frente
de la sensible doncella,
murmurando: ¡era verdad
lo que dicen los poetas!

F. MARTINEZ PEDROSA.

Se ha publicado en París el convenio celebrado entre el gobierno francés y el nuevo emperador de Méjico.

El número de tropas francesas en Méjico, se reducirá lo mas pronto posible á 25,000 hombres, inclusa la legion extranjera. Estos 25,000 hombres irán volviendo á Francia gradualmente, á medida que se adelante en la organizacion del ejército mejicano.

Los gastos de la expedicion hasta julio de 1864, se fijan en 270.000,000 de francos, que Méjico satisfará á razon de 25.000,000 anuales.

Méjico pagará 1,000 francos al año por cada soldado francés que sea detenido en el pais al servicio imperial, despues de julio próximo.

Una comision examinará las reclamaciones de los súbditos franceses.

Los jefes del ejército francés no intervendrán en los asuntos administrativos de Méjico.

Segun anuncia un periódico alemán, al hacer unas excavaciones en Mailberg, en la baja Austria, se ha encontrado el esqueleto entero de un mamuth; desgraciadamente la torpeza de los trabajadores ha sido causa de que se destruyeran en parte estos preciosos restos.

El Correo de los Estados-Unidos anuncia que en la California se ha descubierto una pirámide que es completamente igual á las de Egipto, con la única diferen-

cia de que sus proporciones son menos artísticas. Los anticuarios opinan que ha debido servir de tumba á algun magnate, especie de Faraon del pais. Esta pirámide se hallaba vacía del todo.

Mr. James Ogden ha pronunciado en la reunion de la sociedad estadística de Manchester un discurso acerca del cultivo del algodón, en el cual pretende probar que no hay ningun pais en el mundo que se halle en estado de suministrar un algodón tan bueno y tan barato como el de la parte del Sur de los Estados-Unidos. A pesar de que Inglaterra está pagando este artículo tan caro como hace setenta años el que se trabaja hoy allí, con escepcion del brasileño y del egipcio, es tan corto y tan frágil que, segun los inteligentes, no puede competir con el que se usaba anteriormente. Aunque es de desear que haya varios puntos que le produzcan, la industria algodonera inglesa dependerá siempre de los Estados-Unidos, pues además de que el espíritu del pueblo norteamericano es el mas emprendedor, aquel suelo es el mas propio para este cultivo. La abolicion de la esclavitud no debe variar nada, pues aunque el precio del trabajo subiera á un doble ó á un triple, esto no sería nunca mas que una pequeña parte del precio de la produccion.

En el archivo del conde de Attem, se ha encontrado una hoja suelta con la siguiente noticia: Alberto Durero cayó enfermo en Stein, cerca de Leibach, en su viaje á Italia, y halló una buena acogida en casa de un pintor de dicha poblacion, al que le dejó, como recuerdo de gratitud, un cuadro que pintó allí mismo. El historiador Radics de Carniola, da esta noticia interesante, y cree que puede designar las manos porque ha pasado este papel hasta llegar á una persona determinada.

El nuevo buque anglo-americano con coraza, *Dictador*, tiene 320 pies de largo, 52 de ancho, 72 de profundidad y cala 22 pies de agua. La coraza está formada de seis planchas de una pulgada, clavadas unas á otras. Esta masa de hierro, de 10 pulgadas de grueso, descansa en una pared de roble de 4 pies de espesor. Este buque no tiene mástil alguno; en el puente lleva una torre con una coraza de 15 pulgadas de grueso, y dos cañones con una boca de 13 pulgadas de diámetro, los cuales con una carga de 400 libras de pólvora arrojan balas de 300 libras. Las máquinas, de la fuerza de 500 caballos, necesitan diariamente 175 toneladas de carbon para calentar las seis calderas. Este monstruo es demasiado pesado, y por lo tanto no puede tomar la cantidad de carbon necesaria para un viaje largo, y solo sirve para las costas, para los rios grandes y para la defensa de los puertos.

FLORES Y ABROJOS.

(CONTINUACION.)

IX.

EL CARNAVAL EN VALENCIA.

La confusion y el ruido que se nota por las calles indica que estamos en pleno carnaval. La época en que todos se vuelven locos y en que al través de la mentira del disfraz y careta se dicen las mayores verdades, ha llegado con el bullicio de costumbre. En Valencia las máscaras que pululan por todas partes se toman mas libertades con el sexo débil y aun con el fuerte, que en otras ciudades de España. Hay animacion y vida en esos dias, especialmente en el último en que al ver tan cerca la rigurosa cuaresma, acuden innumerables grupos á la Alameda para despedirse de la alegría y pasar al melancólico tiempo destinado al ayuno y á la penitencia.

La Alameda que no es mas que un paseo para carruajes y que tiene á derecha é izquierda como su nombre indica, una fila de árboles, y unos andenes para la infantería, estaba concurridísima en la tarde de la víspera de cuaresma. Los carruajes iban atestados y la gente de antifaz los asaltaba, ya por el pescante, ya por las portezuelas y estribos, ya trepando por las mismas ruedas esponiéndose á una desgracia.

Solo una carretela abierta y un omnibus merecen nuestra atencion particular. Van en la primera, Carlota y su madre, y en el segundo una comparsa de jóvenes encubiertos. La conversacion que llevan estos nos les puede dar á conocer.

—¿Sabeis si Arturo se ha disfrazado?

—Creo que no.

—Pues yo creo que sí.

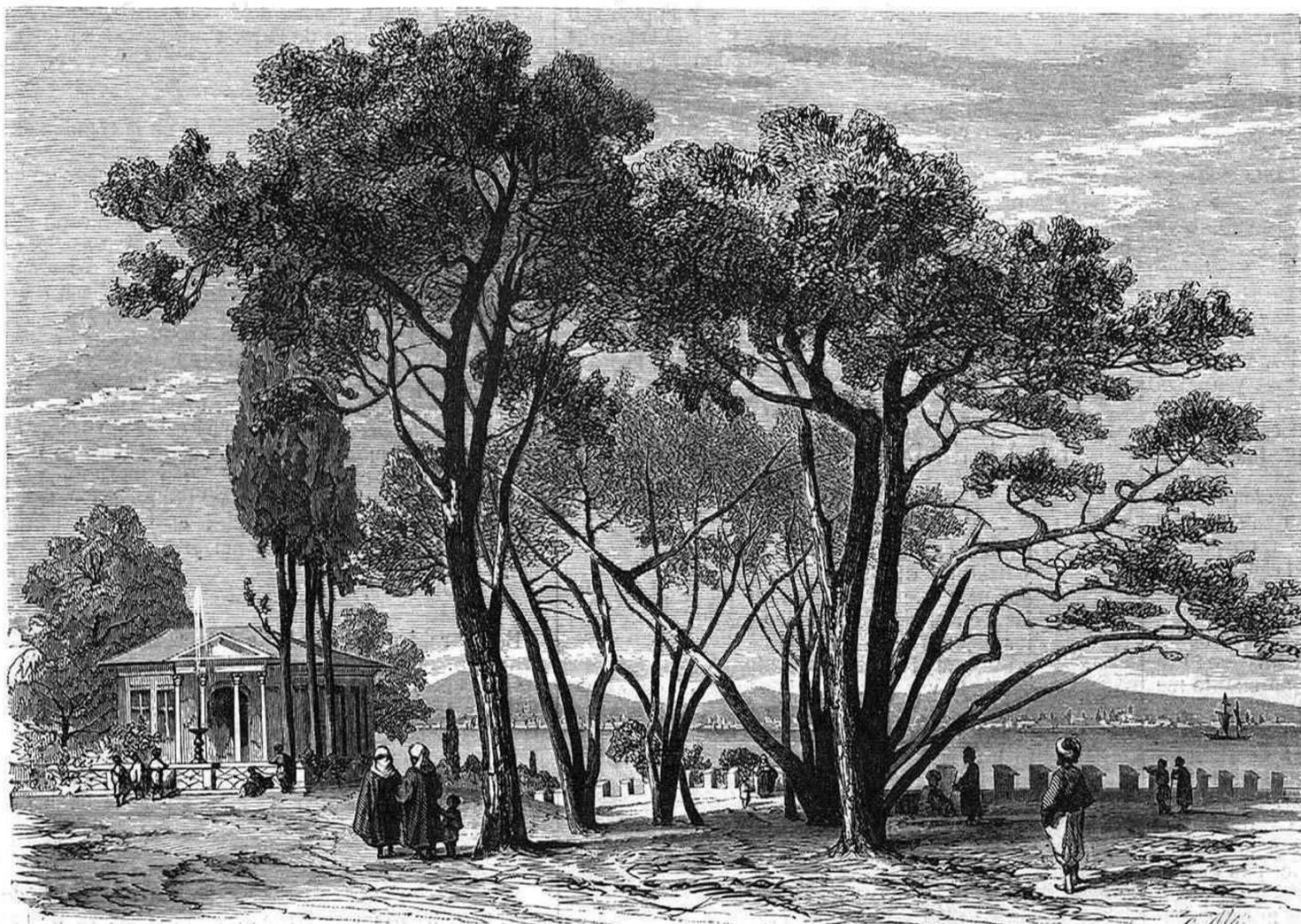
—¿Por qué?

—Porque está ahí su adorada.

—¿Y se casa?

—Si yo no llego á hablarle á tiempo ya estaría casado; sin embargo, se vuelve á trastornar mi plan.

—¿Qué dices, Enrique!



JARDINES DEL SERRALLO (1).

—Ni mas ni menos. Aquella cita fue para arreglar el matrimonio.

—¡Mirad! Allí vá.

—¡Quién sabe si es él!

—Sí, sí.

Cuando decían estas palabras un hombre con boina, camiseta y pantalones encarnados, botas de montar, y mostrando por bajo de la mascarilla una hermosa barba blanca, saltaba en el estribo de la carretela de Carlota por el lado en que iba sentada atrayéndose la atención de la multitud.

—Te conozco, dijo Carlota.

—Me alegro, contestó el desconocido.

Y ambos siguieron hablando en voz baja.

Un máscara se había colocado junto á la otra portezuela pocos momentos despues que el primero y conversaba con Dellina.

—¡Arturo y Ponce son! gritaban los del omnibus.

—¡Suegro y yerno!

—No serán por vida mia, murmuró Enrique.

Los dos enmascarados que iban en el carruaje de Carlota se apearon y volvieron á su primitivo lugar, despues de hablarse al oido un poco tiempo.

—¡Qué diablos se habrán dicho! pensó Garcerán.

El grupo de la artista, era el blanco de todas las miradas y de todas las hablillas.

—¡Qué hermosa es! se oía decir á todos sin distinción.

—Lo prometo, dice el que habla con Carlota.

—¿Cumplirás bien mis encargos?

—Sí.

En el omnibus de nuestros calaveras hay efervescencia. Esta animada conversacion les choca extraordinariamente.

—Arturo no se cansa de hablar.

—Es infinito en ese punto.

—¿Y en el amor?

—No te puedo responder.

—Voy á apearme para descomponer aquella tertulia.

—No, Enrique, déjales que sean felices.

—Me voy.

Por mas que sus amigos se esfuerzan, Enrique manda al auriga que pare y salta al suelo echando á correr hácia la carretela donde los diálogos siguen mas animados que al principio. Se coloca al lado de Carlota y del máscara y siguiendo el paso del carruaje, corta la conversacion con su inagotable lengua.

—Seguiremos despues, dice Carlota al primer máscara.

—Seguiremos.

Los compañeros de Enrique se apean tambien y toman por su cuenta al descuberto que hablaba con Dellina.

—Hombre, á tus años ya no está bien disfrazarse.

—¿Y qué tiene de particular?

—De particular tiene. ¿Con qué objeto te has disfrazado?

—Con el de que no me conozcan.

—Pues te ha conocido todo el mundo.

—Difícil lo creo.

Una carcajada de los cuatro de la carretela hace ver á Enrique y sus compañeros el error en que han caído.

—¡Arturo y Ponce!

—¡No son estos!

Y diciendo así, huyen avergonzados de su poco tino.

Ponce y Villafuerte atraviesaban la Alameda en una graciosa americana, tirada por dos soberbios caballos negros. Al llegar cerca del sitio en que estaban Dellina y su hija, pararon. Ponce pasó al lado de su familia y dió la mano á los dos máscaras de los estribos.

—Adios, Ricardo, dijo al que estaba hablando con Carlota.

—Bien has fingido tu papel, continuó dirigiéndose al otro; veo que hemos dado un buen chasco.

—Todos me tomaban por usted.

—Ha obrado usted como quien es; como un buen actor que pronto figurará entre los primeros de España.

Garcerán vuelve con sus amigos al omnibus, muy disgustado de su equivocacion.

—¡Todo se ha desarreglado, todo, todo!

—¿Que dices?

—Que despues del trabajo que me costó disuadir á Arturo de su boda, y obligarle á romper con esa familia, el filantrópico Ricardo le ha querido servir de mediador, se ha interesado por la paz, y lo ha hecho de tal modo que ha conseguido su objeto.

—¡Buen casamentero se va haciendo!

—¡Buen fastidioso, dirás mas bien! No sé cómo demonios ha podido componer lo que yo creía tan descompuerto.

—Nada, Enrique, paciencia y barajar.

—Y volver á la tarea: hemos de ver quién puede mas.

—Pero hombre, estás haciendo mucho mal con tus caprichos.

—Yo creo lo contrario.

Garcerán, ayudado por los que opinan como él, pasa toda la tarde disputando con los partidarios del matrimonio de Arturo, y se retira á su casa mohino y cabizbajo, formando grandes proyectos.

X.

ADIOS.

—Te confieso ingénuamente, hija mia, que hay ocasiones en que Arturo me convence de su bondad. Tiene arranques magníficos, pero no pasan de ser arranques.

—Si él te dice algo, contéstale bien, creo que tardará poco en venir.

—¡Qué mal dia de viaje nos ha tocado!

—Mucho llueve, y hay truenos y relámpagos.

—No es eso lo peor, sino la niebla espesa que nos rodea. Esto es desconocido en Valencia, segun he oido decir.

—Tambien es fortuna nuestra que venga á fastidiarnos un fenómeno.

—Hija, nos persiguen los fenómenos.

—No uses de epigramas con Arturo.

—¿Ha sido epigrama lo que yo he dicho?

—Sí, y demasiado sangriento.

—¿A qué hora sale la diligencia?

—A la una.

—Si saliera el sol para esa hora...

El padre y la hija hablan as al mismo tiempo que arreglan su equipaje. Dellina no mete baza en la conversacion, porque la ocupa demasiado el acomodo de varios trages en un mundo.

No describiré, ni me atrevo á hacerlo, esos momentos últimos de estancia en un punto antes del viaje, cuando se levanta una casa para trasladarla á otra poblacion, cuando esta poblacion está lejos y cuando las visitas distraen sin cesar á los ocupados viajeros.

Yo lo he experimentado mas de una vez, y sé que lo comprenderán los que estén en mi caso. Los que no hayan sido testigos presenciales de uno de esos cuadros, no pueden imaginárselos por bien que se expliquen.

Ha entrado Arturo.

La conversacion ha disminuido por parte de Ponce, y aumentado por la de los amantes.

—Adios, ¿tardarás mucho en

venir?

—Iré al momento que tome posesion de mis bienes.

—¿Y entonces?...

—Seré tuyo para siempre. Señor Ponce, yo iré dentro de poco tiempo á Barcelona y allí se verificará el enlace de su hija conmigo. ¿No es verdad que usted no se opone?

—No me opongo nunca á la felicidad de mi Carlota; pero necesito muchas pruebas de usted.

—¿Y no serán bastantes los sufrimientos de una ausencia?

—No sé. Veremos.

Carlota y Villafuerte siguen hablando aparte, mientras los padres guardan unas ropas.

—¿Me olvidarás?

—Nunca.

—¿Me quieres?

—Mas que tú á mí.

Esto, con diversas palabras y aun con las mismas, constituye muy á menudo una conversacion interminable entre dos amantes que verdaderamente lo son.

¿Se cansarán de repetirlo tanto? ¿Serán felices de esa manera?

A estas preguntas que conteste el que pueda, que yo no he tenido todavía la dicha ó la desgracia de experimentarlas. A pesar de eso, tengo un amigo que me abre su corazón sin rebozo y responde á la primera pregunta, que no, y á la segunda que sí. ¡Malditas sean mis digresiones!

(Se continuará.)

ADOLFO MIRALLES DE IMPERIAL.

(1) Parece que la casualidad ha sido la encargada de trazar los jardines tales como hoy se encuentran. No hay en ellos sendas, ni planos que revelen otra intencion que la de dar sombra. Pero son tan hermosos sus árboles con sus ramas inclinadas sin arte, con sus vides y клематidas; y los jazmines que los rodean con sus brazos profundos, se destacan tan perfectamente de lo alto de aquellos promontorios almenados, sobre el fondo azul del mar de Mármara, y sobre las nevadas montañas del Olimpo y los arrabales de Scutari, que nada permiten exigir á los bastandjis degenerados del Serrallo. Y sin embargo, en tiempo de Achmet III, aquello era un verdadero paraíso terrenal, donde las plantas y aves mas raras, los kioskos y las fuentes de mármol ofrecían un aspecto maravilloso. La vista representada aquí está tomada desde uno de los ángulos del jardín, muy cerca de la fuente de las Rosas. Cuarenta pinos entrelazados de la manera mas pintoresca, forman un primer término sombrío que permite admirar libremente por en medio de aquella hermosa columna, el destumbrador y animado paisaje del Cuerno de Oro y de la ciudad, ó por mejor decir, de las tres ciudades de que Constantinopla se compone: Stambul, Galata y Scutari.

SOLUCION DEL GEROGIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

El diablo harto de carne se metió fraile.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPARD.
IMPRESA DE GASPARD Y ROIG, EDITORES, MADRID, PRINCIPAL.